

Prohibido

creer en historias
de amor



JAVIER RUESCAS

Javier Ruescas

Prohibido creer en historias de amor

ellas.
montena

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

*A quienes cuentan historias
y a quienes evitan que se olviden*

*A Manu y María, que me señalaron el camino
cuando estaba perdido.
El primero, mostrándome cómo era el cine por dentro.
La segunda, con una canción*

*A Gemma, por insistirme en que siguiera buscando.
¡La encontré!*

¿Para qué vivimos si el viento tras nuestros zapatos
ya se está llevando nuestras últimas huellas?

STEFAN ZWEIG, *Mendel el de los libros*

1

Hace tiempo que aprendimos a hacerlo. A hablar sin mirarnos a los ojos, me refiero.

Yo, la primera. Soy la hija pequeña y la que, por tanto, más cómoda debería sentirse con todo esto. Pero aun así, después de todo este tiempo, sigo sin saber hablar con mis padres sin un guion o unas directrices preestablecidas. Se me traba la voz, como ahora. Estoy tratando de explicarle a mi madre que no voy a poder acompañarles a un evento que hay esta noche mientras ella me apunta con una cámara con pantalla abatible.

—Le dije a Gerard que cenaría con él, no puedo cancelarlo —digo, y bajo la mirada hasta mis pies descalzos.

Se supone que debo mirar al objetivo cuando la cámara está encendida, aunque les hable a ellos. Es una manera de hacer que los suscriptores sientan que forman parte de nuestra historia, de nuestra vida.

—¿Y no quieres invitarle para que se venga con nosotros, Cali? —pregunta mi padre, desde el baño, donde se está peinando—. ¡Que mañana empezáis las clases y no vais a poder apuntaros a tantas cosas!

—Pues por eso —le replico—. Además, ya ha reservado. Pero muchas gracias.

Mi madre vuelve la cámara hacia mí y casi parece un poli-

cía tratando de intimidarme para que confiese. Yo me limito a encogerme de hombros sin dar mi brazo a torcer. Esta noche no. Esta noche es para nosotros y debe ser perfecta; libre de cámaras, interpretaciones ajenas o presiones para conseguir visitas.

Debe ser el final perfecto para unas vacaciones de verano en las que apenas he visto a mi novio.

—¡Pues nada, si no podemos convencerte, pasadlo muy bien! ¡Ay, el amor juvenil! —canturrea, y una parte de mí se muere de la vergüenza. Aunque no sé por qué me sonrojo, si debe quedar poca gente que aún no sepa que soy la novia de Gerard Silva.

Trato de que no se me note porque mañana el vídeo estará colgado en internet y nadie quiere tener pataletas delante de un millón de posibles espectadores.

—Qué pena que vayáis a perderos la apertura de uno de los restaurantes más selectos de...

Me pierdo el resto de la frase porque esto ya no me lo dice a mí. De hecho, ni siquiera me está mirando. Ha girado la cámara y se ha puesto a compartir las maravillas del local con los suscriptores, tal como se acordó con la agencia que los ha contratado para hacer la promo.

Mi padre sale en ese momento del baño, dice un par de palabras a la cámara, sonriendo, y en cuanto la cámara deja de enfocarle, su sonrisa se esfuma por completo hasta que me ve. Cuando la recompone, me parece más sincera, pero también más triste.

A veces pienso que no encajo en esta familia. Otras, que soy la única pieza que la mantiene unida.

De regreso a mi habitación, trato de recordar cuándo fue

la última vez que vi a mis padres mirarse a los ojos sin que hubiera una cámara delante. También me pregunto si de verdad creyeron que la idea de montar un canal salvaría su matrimonio.

—Queremos empezar a subir vídeos en YouTube —nos dijeron hace tres años a mi hermana Néfer y a mí. Por entonces, ella tenía diecisiete y yo catorce.

También recuerdo nuestras caras: el escepticismo dibujado en los labios arrugados de Néfer y mis cejas alzadas, convencida de que nos estaban tomando el pelo. ¿Cómo iban mis padres a hacerse youtubers? ¿No hay un límite de edad?

—Es coña —aseguró mi hermana, tan directa como siempre.

—No lo es —contestó mi madre, y miró a mi padre para que nos lo confirmara.

Ahora entiendo realmente por qué lo hicieron, y en parte me alegro de que al menos lo intentaran. Pero creo que ninguno fue consciente del modo en que se condenarían a la larga. Nos convencieron de que sería una oportunidad genial para conocernos mejor, unirnos como familia y compartir con el mundo nuestros ideales, sueños y proyectos. Nos lo pintaron tan bonito que fue imposible negarnos.

Debo aclarar que mis padres nunca han sido como los de los demás. Vale, ya sé que en un momento u otro todos los hijos dicen lo mismo de los suyos, pero lo mío va *en serio*. Mi madre es sexóloga y mi padre cocinero profesional. Parecían hechos el uno para el otro: altos, guapos, jóvenes, y tan ansiosos por comerse el mundo que incluso olvidaban los modales al intentarlo. Sinceramente, no sé muy bien de

dónde salí yo. Con esos perfiles y viendo a mi hermana, era fácil llegar a creerse las mentiras de Néfer cuando me aseguraba que a mí me habían adoptado.

Se conocieron cuando mi madre trabajaba en una empresa de marketing de la que estaba harta y mi padre en la cocina de una franquicia donde lo tenían sobreexplotado. Juntos decidieron darle una vuelta radical a sus vidas y en cuestión de un par de años lo lograron, como todo lo que se proponen. Mi madre acabó abriendo una consulta privada y mi padre empezó a trabajar de chef en un hotel cerca de casa. A veces pienso que hicieron un pacto con el diablo y que, visto lo visto, empezaron a pagar la deuda antes de tiempo.

Quizá se enamoraron demasiado jóvenes; quizá nunca lo estuvieron realmente. Yo qué sé. A lo mejor la fantasía de poder conquistar al otro fue suficiente para ellos. En cualquier caso, antes de que pudieran hacer nada, nació mi hermana y decidieron seguir construyendo una familia sobre unos cimientos poco seguros que al final cedieron doce años después de que naciera yo.

Aunque era muy pequeña para enterarme de nada, ya se encargaba Néfer de ponerme al día y descubrirme conceptos nuevos como «consejero matrimonial» o «custodia compartida». De ahí que nos sorprendiera tanto su propuesta de abrir un canal, cuando lo que en realidad esperábamos era que nos anunciaran su divorcio. No nos ocultaron la auténtica razón por la que querían iniciarlo, pero sí la maquillaron un poco. Y lo que al principio comenzó como un proyecto común y terapéutico para unirnos a los cuatro mientras ellos recuperaban la pasión por levantarse cada día ha

terminado siendo una enorme carpa circense bajo la que esconder todo lo que ya no tiene solución entre ellos.

Ya fuera por las pocas familias que grababan su día a día, por sus perfiles profesionales, por el salero de Néfer para atraer al público joven o por mi inesperado sentido del humor (¿quién nos iba a decir que tenía uno?), terminamos gustando a la gente y en cuestión de dos años mis padres pudieron dejar sus respectivos trabajos y dedicarse exclusivamente a esto.

Y hemos aprendido bastante desde entonces, la verdad. Es cierto que a veces te hartas de tener que poner siempre buena cara o de cuidar los comentarios que haces, pero también aprendes a pensar dos veces lo que quieres decir y a ser más precavido. A cambio, tenemos lujos con los que muchos solo pueden soñar y oportunidades de vivir experiencias únicas sin gastar, en muchos casos, un solo céntimo. El problema es que a cambio pagamos un precio difícil de calcular porque no existe moneda para ello.

Y todo esto mientras lidio con las clases. Yey!

La media por vídeo ahora mismo está en casi quinientas mil reproducciones. Me cuesta imaginar a toda esa gente junta. Y eso que a veces los vídeos llegan a durar hasta cuarenta minutos. Suelen ser vlogs en los que contamos nuestro día, aunque a veces son recetas de mi padre, consejos sobre sexualidad de mi madre o un tutorial de maquillaje de Néfer. Yo trato de salir lo menos posible y me limito a editar los vídeos cuando los estudios me lo permiten. Me gusta esa parte del proceso. Mi padre dice que hago magia y que incluso de los que no hay nada que sacar consigo

crear una historia que engancha a nuestros suscriptores. No creo que sea para tanto, pero me lo paso bien.

El truco está en señalar lo que no es a veces tan evidente. Los detalles. Los silencios. Lo que no dicen las palabras. Lo que queda fuera de foco, pero que ofrece el contexto exacto. Incluso las equivocaciones cuando grabamos dicen más de nosotros que cuando decimos algo de corrido. Igual lo pienso todo demasiado, no sé... Me encanta el cine. Y lo poco que he aprendido sobre narrativa audiovisual ha sido a base de inflarme a ver películas. Y no solo verlas, sino analizarlas y apuntar lo que más me gusta de cada una: su guion, su forma de colocar la cámara, el uso de la música... También por ellas he descubierto que las mejores historias se componen de momentos que se sienten, pero no se muestran a primera vista.

Por suerte para nosotros, en el último año contamos con la inestimable ayuda de Lukas, representante, productor y hado padrino nórdico, de ahí la «k» en su nombre. Él se encarga de gestionarnos la vida, literalmente. Nos consigue campañas, sube los vídeos, analiza la evolución de nuestra imagen, nos asesora cuando tenemos dudas y encima tiene un gusto exquisito para recomendarnos qué llevar y qué no. Es como un malabarista de la imagen personal. Creo que nunca le he visto sin el móvil en la mano.

Por desgracia, hoy está organizando la llegada de mis padres y mi hermana a la inauguración del restaurante. Así que me encuentro sola delante de mi armario, empapelado con decenas de fotos de mis amigos, sin tener ni idea de qué ponerme.

—Este no..., este tampoco... —mascullo mientras paso

perchas de un lado a otro—. Eh, ni de coña... Pero ¿este no lo había regalado? —Las opciones se van amontonando sobre la silla según las voy descartando, hasta que al final me quedo sin perchas—. Genial.

Justo cuando me derrumbo sobre la cama y empiezo a valorar la opción de dejar plantado a Gerard, alguien llama a la puerta.

—¿Cariño? —Mi madre. Sin cámara—. ¿Cómo no nos has dicho antes que no venías? Ya habíamos anunciado que estaríamos los cuatro...

—Lukas me dijo que no hacía falta porque ya iba Néfer.

—Aun así, estas cosas prefiero que nos las digas antes de grabar.

—Mamá, Gerard me llamó ayer y hoy no te he visto en todo el día. —Es mentira, pero una chiquitita; en realidad, sé lo de esta noche desde hace días. Solo que no creía que fuera a hacerse realidad y prefería no gafarlo.

Ella suspira y levanta las manos, rendida porque me conoce.

—¿A qué hora llegaréis? —pregunto, con más ansia de la que pretendo, y creo que mi madre intuye algo.

—Sobre las doce o una, ¿por?

—Por nada.

—Muy bien.

—Sí.

Le aguanto la mirada hasta que parece quedarse tranquila y entonces advierte el desorden a mi alrededor.

—No se te ocurra salir de casa sin haber recogido todo esto.

Como digo, mi madre no es tan distinta de las demás

cuando aparca la cámara.

2

Mi móvil comienza a vibrar en ese instante. Es Tesa, mi mejor amiga y, además, hermana de Gerard. Me ha mandado un audio para preguntarme si ya estoy lista:

«¿Estás nerviosa? Yo lo estaba. Pero era más joven e inconsciente. Así que tú no tienes razón para estarlo. ¡No lo estés! ¿Entendido? Va a ir todo genial. ¡Te quiero!».

Lo ha mandado por el grupo que tenemos con Silas, mi compañero de clase y único amigo en el colegio Víctor Hugo. Así que, por supuesto, al instante, tengo un segundo audio suyo. Porque sí, aquí la única que escribe mensajes soy yo.

«¡Por supuesto, Calimocho! Esta va a ser tu noche. Mañana en clase me cuentas.» Por el ruido de fondo imagino que estará en el estudio donde suele trabajar con sus amigos.

A él le respondo que era más feliz sin recordar que mañana empezamos el último curso de bachillerato, y le pido que deje de llamarme Calimocho si no quiere que empiece a utilizar su verdadero nombre. A Tesa le digo que estoy pensando cancelar la cita. La reacción inmediata de mi amiga, cómo no, es llamarme.

—¿Qué dices de cancelar nada? —me pregunta, con su habitual tono autoritario. También tiene canal, y creo que

es de las pocas personas que delante de la cámara intensifica aún más ese rasgo suyo, en lugar de suavizarlo, algo que a sus seguidores les encanta.

—Es que no sé ni qué ponerme, y hace un calor horrible hoy, y...

—Excusas. Estás nerviosa y punto.

—Pues un poco —admito, tumbándome otra vez sobre la cama. Siento las miradas acusadoras de todos los actores y actrices que me observan desde los pósteres que tengo colgados en las paredes—. No sé si...

—¿Qué? ¿Si es el momento? ¿Si estáis listos para dar el siguiente paso? Cali, ¿cuánto tiempo lleváis preparando lo de esta noche? No, dime, ¿cuánto?

—Tres semanas.

—Exacto. Y va a ser perfecto. ¿Me oyes? Perfecto. En mi vida he visto a mi hermano más guapo y más nervioso. Y lo que más me molesta es que no vayas a poder contarme ni un solo detalle porque es mi hermano y, como comprenderás, prefiero no saber nada al respecto, gracias. Aunque, bueno, si se lo vas a contar a Silas, yo también quiero saberlo. Por ti haría el esfuerzo de escucharte y de controlar las ganas de vomitar imaginando que hablas de otra persona.

—¡Tía!

—¿Qué quieres que le haga?! —Se ríe—. Escucha: ponte ese vestido verde de tirantes que te regalaron en Divinidier y suéltate el pelo. ¿Sabes cuál te digo?

—Ese vestido me marca todo.

—¡Ese vestido te queda estupendo!

Discutir con Tesa es como tratar de detener un tren de